



UASB - DIGITAL
Repositorio Institucional del Organismo Académico de
la Comunidad Andina, CAN

El contenido de esta obra es una contribución del autor al repositorio digital de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, por tanto el autor tiene exclusiva responsabilidad sobre el mismo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UASB.

Este trabajo se almacena bajo una licencia de distribución no exclusiva otorgada por el autor al repositorio, y con licencia Creative Commons – Reconocimiento de créditos-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Ecuador



Desafíos de las Ciencias Sociales frente al siglo XXI **La profundización de un enfoque praxiológico emancipador**

Jaime Breilh

1999

Ponencia presentada en: Encuentro “Desafíos de las Ciencias Sociales frente al Siglo XXI”, Casa de la Cultura Ecuatoriana; Unión Nacional de Educadores; Centro de Investigaciones para el Desarrollo, CINDES, Quito, noviembre de 1999.

**CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
UNION NACIONAL DE EDUCADORES
CENTRO DE INVESTIGACIONES PARA EL DESARROLLO (CINDES)**

ENCUENTRO: “DESAFIOS DE LAS CIENCIAS SOCIALES FRENTE AL SIGLO XXI”

Conferencia:

**DESAFIOS DE LAS CIENCIAS SOCIALES FRENTE AL SIGLO XXI
La Profundización de Un Enfoque Praxiológico Emancipador**

**Jaime Breilh
Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CINDES)
Quito, Ecuador**

Quito, Noviembre de 1999

DESAFIOS DE LAS CIENCIAS SOCIALES FRENTE AL SIGLO XXI

La Profundización de Un Enfoque Praxiológico Emancipador

Jaime Breilh¹

Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CINDES)

*"A Marx y Engels quienes se equivocaron
muchas veces, pero acertaron en lo que cuenta"
(Paráfrasis de Dedicatoria en
Libro de Levins y Lewontin - Universidad de Harvard*

La comprensión de un desafío científico presupone un esclarecimiento de una visión actualizada del contexto histórico, la discusión de un posicionamiento epistemológico que nos permita interpretar los problemas del saber, y el análisis de una direccionalidad de la praxis pensada en el sentido gramsciano de un trabajo intelectual orgánico.

La interpretación del contexto corresponde a la definición ontológica de ese saber científico; las reflexiones sobre los modelos conceptuales con que asumimos el trabajo del conocimiento corresponde a la definición epistemológica de la ciencia; y, el planeamiento de una direccionalidad determina el contenido praxiológico del pensamiento científico.

En este trabajo se analizan algunos aspectos de ese triple desafío científico desde una perspectiva emancipadora de cara al próximo milenio.

EL CONTEXTO HISTORICO: UNA VISION OPTIMISTA DESDE EL REALISMO DIALECTICO

La crisis actual es aguda y los perfiles contemporáneos de sufrimiento humano son dramáticos, pero, si pensamos que las mismas razones históricas que explican el apogeo del actual sistema productivo y social que nos rige, son las que ahora están incubando su propia crisis, se nos abren fisuras importantes para un quehacer científico alternativo. Es decir, asumir el sentido original de *crisis*, que viene del griego “krinein” y que quiere decir “discernir” o “separar”, para situarnos en la perspectiva práctica de un optimismo vitalizador, aunque ponderado y responsable.

Podría parecer un contrasentido esgrimir ahora una salida optimista desde las sociedades de la desigualdad, y más aún hacerlo cuando impera un clima creado de desencanto, una filosofía de deconstrucción de los derechos, que se propaga como resignación ante la supuesta inevitabilidad de los problemas que enfrentamos, mientras el poder tiene amplias posibilidades para descalificar a priori, las fórmulas alternativas que desde diferentes sectores se construyen en el seno del pueblo.

Pero, por el contrario, es ahora cuando necesitamos construir una práctica y un discurso de la emancipación, justamente ahora, cuando desde el Poder se los declara anacrónicos e ilusorios es cuando

¹ Presidente del Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CINDES). Co-Director e Investigador principal del CEAS
Dirección Asturias N24-02 y G. de Vera – Tel: 593-2-566714 Quito-Ecuador
C. Electrónico: jbreilh@ceas.med.ec

más debemos trabajar en ellos; trabajar cuidadosa y responsablemente en una contraperspectiva, más razonable, más humana y más valiente, desterrar tanto el discurso de la resignación y el derrotismo como una ilusión creada, y como parte de un gran movimiento de hegemonía del que un evento como este tiene que tomar cuenta.

Alan Badiou (1994), define la verdad como el “proceso real de fidelidad a un evento de ruptura por parte de un sujeto”, creo que es una buena recomendación para este encuentro, y para otros similares que realizan las gentes democráticas en su lucha por la defensa de la vida. Pues gente como nosotros, puede ser el soporte de una nueva fidelidad, demostrándole al mundo que en nuestros espacios no ha muerto el sujeto social, y que estamos aquí, vivos con nuestra experiencia acumulada para consolidar una estrategia de humanización de la vida y una cultura de ese vida.

Es bueno que hayamos llegado a la realización de este encuentro porque no nace de ninguna atadura con el poder y, por tanto, podremos pensar con libertad sin rendirle pleitesía a ningún auspicio que nos constriña; pero también es bueno que lo hagamos, porque será un termómetro de nosotros mismos, del grado de avance de nuestro pensamiento, al que lo autocalificamos de emancipador y revolucionario, y será una medida de nuestra disposición para un profundo remozamiento de nuestra comprensión científica del mundo capitalista actual, que aunque sigue estando regido, en última instancia, por la acumulación económica de los monopolios y la concentración creciente de la propiedad privada, han sido sin embargo tan profundas las recomposiciones de la estructura capitalista, y han sido tan grandes las transformaciones económicas, sociológicas, antropológicas e ideológicas del período que vivimos, que muy poco habremos avanzado si dejamos que los eventos de esta importancia, que organizamos a las puertas del próximo milenio, terminen convirtiéndose en rituales de poco peso por la repetición nada creativa de algunos dogmas y preceptos del recetario convencional.

El Capitalismo Tardío: Inequidad, Centralización del Poder y Pérdida de Derechos

A estas alturas de la década, existen muchas contribuciones científicas de enorme valor para comprender aquello que ha dado en llamarse globalización o, mejor dicho, *capitalismo global*. Además, como acontece con todo nuevo fenómeno histórico de magnitud, se ha levantado una controversia interpretativa. Sin pretender abordar exhaustivamente tales formulaciones y debates, para los fines de este encuentro, voy a resaltar primero el contexto socio histórico en que se implanta en América Latina.

Escenario Latinoamericano: Crecimiento Sin Empleo y la Rentabilidad del Desempleo

La base de los cambios estructurales que se fueron construyendo desde la década anterior es el neoliberalismo. Valenzuela (1991) en un visionario ensayo sobre el neoliberalismo, distinguió los procesos de las esferas de la circulación y en la política que hicieron posibles los cambios de los sistemas productivos y del trabajo: en primer lugar, un proceso de liberalización radical de ciertos elementos del mercado –por ejemplo el aperturismo impuesto a los países de la periferia y la liberación de todos los precios de sus bienes de consumo, en contraste con un cerrado control del precio de la única mercancía que nunca se liberó, la fuerza de trabajo; una sustitución de la intervención reguladora desde el Estado por la intervención directa corporativa de los monopolios (oligopolios), tanto en los espacios del mercado como en los propios centros laborales, es decir, el cambio por ejemplo, de la regulación estatal de las relaciones laborales, por la regulación automática basada en el miedo al desempleo y el neodespotismo del capital en los centros industriales; la presión a los países periféricos para el

abandono de políticas de protección del mercado interno en función de economías hacia fuera; el impulso agresivo de una política de privatizaciones; y la reducción y focalización del gasto social.

Desde esa perspectiva, la tesis de que el crecimiento económico es por sí mismo una fuente de bienestar y trabajo, encuentra en la realidad latinoamericana su más importante mentís. Como se podrá constatar del panorama expuesto por Vilas (1999), a pesar de que en el período 1991 a 1997 la economía capitalista creció en 20%, casi triplicando los índices de la década anterior, dicha expansión de su productividad, contrasta con un rápido deterioro de las condiciones de vida en medio de un acelerado empobrecimiento masivo y ampliación de la inequidad social, al punto que los indicadores más recientes de dicho deterioro son aún peores que aquellos que se calcularon para la crisis de los 80.

El paso de una época en que el empleo era asumido, por lo menos teóricamente, como un derecho del que además se desprendían los demás derechos sociales y el acceso a los servicios públicos, hacia una era de desregulación y precarización laboral, pérdida de los derechos y de la protección pública -como supuestos lastres para la competitividad- significó un mayor descalabro de la ya escuálida calidad de vida latinoamericana, poniéndose una vez más en evidencia que el incremento de la inequidad no es una inesperada consecuencia de los cambios productivos y políticos de esta década, sino uno de sus más claros efectos.

Para 1997 según la fuente citada, alrededor del 50% de los latinoamericanos se encontraban viviendo en la pobreza, bajo una distribución que desmiente la supuesta ruralidad de dicha pobreza pues en números absolutos hay más pobres en las ciudades, aunque persistieran mayores porcentajes en el campo; urbanización de la pobreza que no se corresponde a índices migratorios ya estabilizados desde años anteriores sino que es más bien una pobreza nueva, alimentada por asalariados y clase media empobrecidos.

La *desigualdad de ingresos y propiedad* es de tal magnitud que supera los contrastes de sociedades convencionalmente reconocidas como de extrema inequidad tales como la India, Tanzania y Uganda. Así por ejemplo, el índice de concentración de Gini de América Latina es 7% más alto que el de Africa y 40% más alto que el de los países desarrollados.

Justamente en los tres países destacados como líderes de las reformas neoliberales –Argentina, Chile y México- es donde se encuentran los índices más altos de concentración del ingreso de la región. Y en el área metropolitana de São Paulo que ha sido la gran irradiadora de desarrollo capitalista del Brasil, el porcentaje de familias pobres creció de 39% en 1990 hasta 47% en 1994, según estimaciones conservadoras.

Como resultado de esa dinámica regresiva el *desempleo* se ha incrementado, lo que se pone de relieve en algunas tendencias significativas. En Estados modernizadores como el argentino, a la par que la productividad creció en el 50% en los 90s, el desempleo abierto lo hizo paralelamente. Así mismo, una acumulación acelerada del sector informal en América Latina, copa el 87% de los puestos creados de 1990 a 1995 y así supera el ya alto 80% que existía antes.

Las estadísticas promediales de algunos países disfrazan el deterioro, como es el caso de Chile que, de 1992 a 1994 mejoró muy discretamente el salario real, pero en cambio, mostró un claro ascenso del porcentaje de familias que viven de ingresos menores al salario mínimo vital, el cual subió de 48% al 67%.

También las reformas de la producción industrial que miraremos luego en profundidad, denotaron una tendencia regresiva, acentuándose la *terciarización*, tanto a expensas de un crecimiento del sector tradicional de ese componente como de los modernos servicios para-empresariales.

Una fuente de deterioro laboral ha sido también la pérdida masiva y deterioro del empleo público.

Otra tendencia marcante del retroceso social es el *borramiento progresivo de las barreras entre los sectores formal e informal*, pues las empresas tienden a incorporar formas de trabajo informales como parte de la flexibilización que estudiaremos adelante y, a su vez, los trabajadores del sector formal se ven obligados a recurrir a actividades informales para complementar sus ingresos, como signo del *poli-empleo* caracterizador de los apuros de supervivencia en el capitalismo actual.

El tema del poli-empleo formalmente reconocido, esconde el eterno poli-empleo que han desempeñado las mujeres desde siempre, cubriendo sin remuneración la segunda jornada del trabajo doméstico, cuya invisibilidad para la ideología de género preponderante, no puede esconder la magnitud de su importancia en la reproducción de la sociedad en su conjunto y, además, su peso en la determinación de condiciones de trabajo con sus consecuencias para la salud, las cuales han recrudecido en los años recientes. Precisamente Santana et al (1999) ejemplifican el deterioro de la salud laboral femenina en el sector informal en Brasil.

Lo que Vilas (1999) hace notar con razón es que en muchos de nuestros países, casi más que una destrucción del empleo se ha dado una *degradación de las condiciones del trabajo*, con la flexibilización, esa degradación tiene velocidades distintas en los dos contextos laborales principales: el de las empresas integradas a la dinámica de la globalización y el de los espacios ligados a los mercados locales.

Las *políticas de Estado* en la mayor parte de casos alimentan la crisis del trabajo y representan la contraparte política del poder económico. El desempleo estructural es una necesidad de reproducción del sistema y resulta un negocio redondo, ya que contribuye a sostener en niveles bajos el precio de la fuerza de trabajo –que es el arma fundamental de competitividad del capitalismo periférico- y además, favorece la contención y vaciamiento de la fuerza sindical o de las organizaciones laborales, porque el desempleo garantiza la sustituibilidad de la fuerza de trabajo en contextos productivos de baja calificación, como son la mayoría de los latinoamericanos. Si a lo anterior se añade el papel de los nuevos gestores del Estado para dismantelar las modalidades de desarrollo hacia adentro, del mercado interno, y favorecer el aperturismo de nuestro mercado a los productos externos, y si se recuerda además que los actores del Estado han trabajado diligentemente en el campo jurídico por el cambio del modelo tripartito de regulación del trabajo (empresa-trabajadores-gobierno), hacia un mecanismo binario (empresa-gobierno), o peor aún por una desregulación que favorece las decisiones unilaterales de las empresas, se comprende aún más la orientación contra el empleo de las políticas estatales. En otras palabras, los Estados latinoamericanos en la etapa neoliberal, al igual que en otros tiempos han representado los intereses de las clases dominantes en una sociedad, pero ahora lo hacen sin las mediaciones y sin los suavizamientos del keynesianismo.

En resumen el escenario de América Latina, constituido como el de perfiles más graves en el mundo desde la década anterior, es el contexto en que tienen que comprenderse los problemas más recientes que tienen que afrontar las ciencias sociales.

El Nuevo Orden Global del Capitalismo, la Flexibilización y la Degradación del Trabajo

Si la realidad de los pueblos latinoamericanos era ya amarga en décadas anteriores, el vértigo de la hiper-explotación humana en los años más recientes es el desafío más complejo que haya enfrentado el pensamiento humano libre y la ética de la responsabilidad.

El capitalismo tardío cuyo eje de gravedad radica en Norte América, fija ahora las normas que las máquinas de la comunicación y la guerra hacen respetar. Desde la Casa Blanca Imperial y desde los polos de poder universal se establecen los criterios y referencias de una hegemonía global, mil veces reproducida por la prensa y, también, por que no decirlo, por la imitación o la aceptación funcional en congresos, seminarios y otros espacios de encuentro. Y cuando la persuasión no es suficiente, entonces el *destino manifiesto* se impone por medio de la tecnología de la guerra para hacer respetar una supuesta “Odisea norteamericana” que nos es impuesta como paradigma de moral y de una cultura para todo el mundo. No es una simple coincidencia que, justamente cuando escribo estas reflexiones llegue una carta de Mary Ashford, Vice-presidente de la asociación internacional de “Físicos por la Prevención de una Guerra Nuclear” denunciando el peligro inminente de un tercera guerra mundial que ha sido ocultado por los medios.

Los trabajadores y trabajadoras del mundo enfrentan, entonces, la doble encrucijada de los peligros de esa guerra externa y también los de la guerra interna que les ha planteado el neoliberalismo en sus propios sitios de trabajo, fenómenos evidentes de los cuales no podemos tomar distancia y refugiarnos en un academicismo elegante.

Podrían distinguirse dos grandes períodos en la economía monopólica del Siglo XX: la que corresponde al capitalismo “fordista” (hasta mediados de los 80s) y la que ha dado en conocerse como posfordismo, posindustrialismo, capitalismo neoliberal o tardío, desde entonces. Tanto en el uno como en el otro período ha existido una “economía mundial” o “internacionalizada” y un comportamiento imperialista de los grandes centros del poder, pero es necesario distinguir profundos cambios y aclarar algunos términos.

El *Fordismo* perfeccionó el proceso que se había estaba forjando desde la Revolución Industrial y el Capitalismo de la Gran Industria del siglo pasado, para transformar a los trabajadores manufactureros que sabían su oficio y controlar sus técnicas, sus tiempos, las formas de organización y coordinación de las tareas, por medio de lo que dio en llamarse la organización científica del trabajo o “taylorismo” en grandes centros industriales, que fue para ese momento la piedra de toque de la productividad. Según Lipietz (1998) el pico de este período se dio en los años sesenta y constituyó para los obreros una fase de legislación laboral garantizada por el Estado de Bienestar y bajo normas estables de la relación laboral. Era una etapa que por ese motivo ha sido descrita como Keynesiano-Fordista y en la cual la forma de acumulación y de regulación se asentaron en gran medida en los estados nacionales. En América Latina, el Fordismo se implantó limitadamente, sobretodo en los sectores de sustitución de importaciones, pues en las amplias masas de semi-asalariamiento y de trabajo marginal tales procesos y garantías, o estuvieron ausentes o estuvieron presentes en medida muy limitada.

Al final de los sesenta y en los años setenta el modelo Keynesiano Fordista entró en crisis. Tal acontecimiento ha merecido explicaciones contradictorias y propuestas encontradas. El hecho es que, sea cual sea la explicación sobre el verdadero sentido histórico de su crisis, han ocurrido cambios profundos de la estructura capitalista que debemos entender.

El capitalismo tardío busca penetrar en las distintas estructuras productivas mediante un doble proceso de “purificación” y de “recomposición productiva”. En efecto, Jameson (1994) llamó la atención sobre la *purificación* del capitalismo, como una intensificación de su lógica y la penetración del mercado en los últimos enclaves de resistencia, tales como la cultura. A lo cual tendríamos que añadir un proceso de apropiación en espacios que, según el pacto de posguerra, se habían mantenido al margen de lo mercantil, como los derechos laborales; una apetencia que se explica porque la antes mencionada tasa decreciente de ganancia y la crisis de acumulación requieren la conquista de espacios nuevos de rendimiento económico por parte de los grandes empresarios y la privatización de las áreas sociales para lograr el doble efecto de dismantelar los programas estatales del área social y convertirlos en lucrativos negocios. Como lo destaca Laurell (1997) para el caso latinoamericano, las privatizaciones de las actividades del bienestar social, la educación y la salud son apetecidas porque llegan a representar importantes rubros económicos que van del 13% al 45% del PIB, motivo por el cual son un bocado seductor para los mecanismos lucrativos, así como también un rubro significativo para el financiamiento de la crisis fiscal, sacado de los bolsillos de los pobres.

El segundo proceso de *recomposición productiva* consiste en un conjunto de estrategias que se han aplicado de manera desigual y combinada según los diferentes países.

Los nuevos vientos de competencia capitalista determinaron que no sea la calidad el único instrumento de competitividad, sino una flexible adaptabilidad ante la demanda, frente a lo cual los centros de poder adoptaron dos tipos de estrategias: o la flexibilización del trabajo, típica según Lipietz (1998) de los capitalistas del Atlántico: Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España; mientras las empresas de los países continentales de Europa como Alemania, Italia del Norte, Suiza, los países nórdicos, así como Japón –donde se ha dado la estrategia llamada “toyotista”- adoptaron predominantemente la estrategia de redireccionar el taylorismo y reorganizar el trabajo por medio del involucramiento de los/as trabajadores/as, lo cual, aunque disminuye discretamente el control del capital sobre el trabajo e implica inversiones de capacitación, en cambio, asegura productividad, a cambio de estabilidad.

Entonces, las grandes empresas han trasmutado radicalmente su estructura, descentralizándose en pequeñas empresas, convertidas en una red de interconexiones en la que sus partes, de gran dinamismo y capacidad de adaptación, trabajan interconectadas como una unidad en tiempo real a nivel planetario.

Como lo explica Castells (1999) a pesar de que más del 80% de la mano de obra del mundo trabaja en mercados locales, y a pesar de que una considerable parte de los ahorros no circulan globalmente, lo que sucede ahora es que las empresas monopólicas dirigen mediante conexión instantánea las redes, de tal forma que la dinámica, la situación y el funcionamiento de las economías de todos los países dependen de la conexión con ese núcleo central. La empresa matriz sigue siendo la unidad de capital, la unidad jurídica, la de estrategia financiera, pero cada segmento, cada unidad, cada mercado nacional, cada departamento, trabajan con gran autonomía. Un proceso en que la informatización y la teleinformática son cruciales porque garantizan la instantaneidad de los procesos de coordinación y unidad de mando, de las *empresas-red*. La red pone juntos varios elementos, varias personas, varios segmentos de la empresa o varias empresas para hacer algo juntos, con la ventaja de flexibilidad, adaptación rápida a la demanda, e incluso posibilidad de inmediata disolución ante las bajas de demanda, con lo cual se superan las rigideces del modelo fordista.

La ciencia y la tecnología se constituyeron desde el siglo pasado en fuerzas productivas, pero ahora el conocimiento y la instantaneidad de la información son la base de la productividad, de la competitividad y del manejo social. Las nuevas tecnologías de información permiten la velocidad, la flexibilidad y la adaptación inmediata estratégica.

Pero aquí cabe resaltar un punto clave para el problema que nos ocupa. Esa descentralización, esa activación formidable de recursos y redes de comunicación, esa potencial disponibilidad planetaria de información, no llevan a la democratización de nuestras sociedades ni del orden internacional, sino por el contrario a lo que McLaren (1997) denomina la *implosión de la centralización* y una inédita concentración de poder de decisión. No porque la información y su base tecnológica lleven por sí mismas a tal concentración, sino porque su lógica determinante es el productivismo y el enfrentamiento privado, lo que genera formas de saturación comercial de los datos e información vaciada de contenido integrador, que hacen parte del ciclo alienante de los aparatos de dominación cultural.

La Flexibilización en América Latina: Penetración Desigual y Combinada

La penetración en los distintos países de la lógica del capitalismo tardío y la recomposición de sistemas productivos es muy heterogénea como lo demuestran varios estudios recientes como los de Castells (1999) y Blanco (1999) en Europa; los de Loomis (1997) y Smith (1999) en Norteamérica; y especialmente el importante estudio De la Garza y Bouzas (1998) en México.

A diferencia de otras regiones, en América Latina la desregulación del trabajo, uno de los componentes de la flexibilización, no es de ahora y lo que las reformas de estos años han logrado es una hiperdesregulación.

De esa forma pueden desentrañarse *tendencias tipo de flexibilización* según grandes exponentes de la estrategia neoliberal:

- ◇ Las *empresas maquiladoras*, que introdujeron tempranamente en la región (~1970s en unos países y 1980s en otros) formas altamente flexibilizadas en contextos de baja conciencia laboral y de disponibilidad de mano de obra barata, sobretodo femenina.
- ◇ Las *empresas de ensamblaje automotriz y semejantes* con una heterogeneidad interna entre sus subempresas; centraron sus estrategias en la productividad, desmantelamiento sindical y destrucción de contratos colectivos; compactación y reestructuración de categorías y puestos.
- ◇ Las *empresas del capital bancario*, bajo una marcada unilateralidad introducen cambios como la incorporación de nuevas tecnologías informáticas y desplazan al usuario las tareas mediante la automatización.
- ◇ En los *centros de trabajo docentes* en el marco de las estrategias privatizadoras y semi privatizadoras se observan reformas, como las descritas por Gentili (1995) y Kohen (1997) con un *doble proceso de transposición*: desplazamiento del problema de la democratización de la educación al de calidad; y la transferencia de los contenidos de la discusión sobre calidad desde el campo productivo empresarial hacia el campo educativo y el análisis de los procesos pedagógicos. Las universidades son ejemplos del cambio del espíritu de cuerpo y el saber de producción colectiva hacia patrones de alta privatización del trabajo académico.
- ◇ En las *empresas y unidades de servicios de educación y salud* también se observa la incorporación de un cambio hacia el paradigma de la administración por competencia gerenciada (“managed

competition”), lo cual está significando la intensificación del trabajo sin compensación, la pérdida de estabilidad y la regresión de los derechos y la organización.

- ◇ Las posibilidades de generar problemas masivos de salud por el *deterioro del trabajo administrativo* en América Latina en la reingeniería de la organización gerencial, creando tensionamientos o “exigencias”, en la terminología de Noriega (1989), se consigna en estudios como el del CEAS de Ecuador (1994) que demuestran el entrelazamiento de los procesos de sobrecarga administrativa y de género en la génesis de sus problemas de salud.

La flexibilización requiere de un *soporte desde el Estado* y de un cambio del *marco jurídico*. Aquí se entra de lleno en el tema de la desregulación como base de un incremento de la competitividad internacional del capital.

En resumidas cuentas observamos de que forma opera la nueva racionalidad, que se esgrime como producto inevitable de la competencia y se valoriza como respuesta a la eficiencia. Sin embargo, los duros perfiles que aquí quedan trazados no deben convertirse en una visión apocalíptica y en una sensación pesimista de inevitabilidad. Por el contrario, hay buenas posibilidades de una salida democrática, pero no por simple obstinación, sino porque los mismos procesos que le han dado a esta formación económica su ciclo de fortaleza, encarnan contradicciones profundas y problemas para su viabilidad a más largo plazo que, aunque no es del caso tratarlos exhaustivamente aquí, podemos enunciarlos brevemente, siguiendo a Castells [1999]. La flexibilidad que le otorga adaptabilidad y competitividad al capitalismo monopólico actual, conspira directamente contra la productividad. La individualización de la fuerza de trabajo, por su parte, determina una masiva polarización y empobrecimiento. Y por último, la individualización creciente del trabajo y la consiguiente disminución de la capacidad de agregación de las relaciones laborales socava una de las instituciones centrales del pacto social y de cualquier acción de bienestar, determinando una profunda desigualdad, con lo cual entra en crisis de financiamiento y solidaridad, el conjunto del beneficio de las relaciones industriales y del Estado. A lo que habría que añadir el tope o suicidio ecológico, como lo define Hinkelammert [1997], de procesos de producción inviables a largo plazo por su destructividad.

Por último, está el argumento esgrimido desde la antropología, que nos hace caer en cuenta que, en medio de sus propios topes estructurales, de la incapacidad del capitalismo tardío para ofrecer bienestar, trabajo, y servicios, y en medio de su acelerada creación de desigualdad, la subordinación de las comunidades tradicionales no puede ser total, como lo sugiere acertadamente García Canclini [1991]. Es de suponer, por el contrario, que el lento proceso de despertar de los pueblos y naciones oprimidos, abran profundas brechas para la construcción de un mundo humano.

LOS TRES PRINCIPALES MODELOS INTERPRETATIVOS EN LAS CIENCIAS SOCIALES

La Articulación de los Paradigmas y la Praxis, Eje del Contraste de los Paradigmas

A comienzos de los sesenta Kuhn acuñó la noción “clásica” de *paradigma científico* que luego amplió en su conocido “Posfacio” [Kuhn 1969] en el que enfatizó el papel de la estructura comunitaria de la ciencia en la determinación del paradigma, concepto que según esa versión encierra dos acepciones: la de los valores y creencias que hacen parte de la constelación de compromisos de grupo en dicha

comunidad y la de los modelos o ejemplos compartidos dentro de la misma. Lo que los científicos de una comunidad comparten en esencia, según Kuhn, es una *matriz disciplinaria* formada por las generalizaciones simbólicas; las creencias o modelos; los valores; y los compromisos comunes, utilizados en la resolución de problemas concretos, modelados de acuerdo con ejemplos anteriores. Para Kuhn las características sociológicas de la comunidad científica son determinantes, así como los procesos prácticos de resolución concreta de problemas, argumento que diferencia su abordaje epistemológico de los de Popper y Lakatos, más centrados en procesos de la “lógica interna” de falseamiento de conjeturas o en la modificación heurística de programas de investigación, respectivamente [Chalmers 1997].

La categoría paradigma se inscribió, a pesar de las limitaciones de su fundamento estructuralista y de su visión restringida al campo de la comunidad especializada, en una corriente epistemológica de ruptura con el molde racionalista, cerrado, de una supuesta ciencia universal y de la que formaron parte también aportes como los de Canguilhem [], Bachelard [1981] y Feyerabend [1985].

Pero se puede avanzar en la comprensión de los paradigmas, con sus modelos interpretativos, cuando se entiende que no agotan su lógica en el marco estrecho de la comunidad especializada y no son productos exclusivamente académicos, sino que se desenvuelven en el seno de una episteme social y se articulan a las formas de praxis colectiva. La relación episteme-modelo-praxis es decisiva en el proceso histórico de construcción, oposición y superación de los paradigmas de la ciencia y es un proceso insertado en la vida colectiva e indisolublemente ligado a aquella, un proceso cuyo dinamismo y determinaciones forman parte de cualquier explicación sustantiva de un cierto pensamiento científico.

Fue Foucault [1978] quien llamó la atención sobre esas “reglas generales o presuposiciones epistémicas inconscientes” que rigen el discurso general de la cultura en cada período histórico y fue en relación a esa idea germinal que, más recientemente, otros epistemólogos como Moreno [1995] han señalado que cada ciencia opera bajo ciertas condiciones de posibilidad de lo que se puede pensar, conocer y decir en un momento histórico, las cuales hacen parte de los modos de vida de una sociedad, motivo por el cual, en el seno de una misma realidad se dan epistemes encontradas porque existen modos de vida opuestos. Pero esa relación entre el marco epistémico de una época y los paradigmas está profundamente influida por las modalidades de práctica social que operan en la sociedad en cuyo seno se desenvuelve una determinada praxis científica.

Bases Teóricas de los Principales Modelos de las Ciencias Sociales

Todo modelo incorpora como elementos: {1}una forma de recorte del objeto salud y de interpretación de la realidad de la salud (dimensión ontológica); {2}una manera de entender la relación entre los objetos de conocimiento de esa realidad y el sujeto que la conoce, lo cual presupone un punto de vista social y cosmovisión (dimensión epistemológica); y {3}una concepción de la práctica y posicionamiento frente a la estructura de poder (dimensión praxiológica). Cada distinto modelo científico se caracteriza por una forma de interpretar esos diferentes elementos y la relación entre éstos.

Para los fines de esta breve reflexión, y partiendo de una clasificación heterodoxa que combina lo cognitivo y lo praxiológico, se pueden destacar tres grandes tipos de modelos de conocimiento-acción

Modelo Objetivista-Empírico y Funcionalista

Es la concepción que hegemoniza el pensamiento científico Occidental, siendo el positivismo su fundamento primordial. Enlaza una interpretación empírica de la realidad como elemento objetivo que existe puro, “en sí mismo” e independiente del sujeto; con una teoría del conocimiento como reflejo correspondiente, de dicho objeto en el sujeto –relación que Markovic [1972] describe como realismo acrítico-. Para este enfoque, la praxis es externa y posterior a esa percepción refleja.

Esta visión reduce la observación de la realidad al estudio de los patrones de eventos empíricos y, de estos, sólo reconoce como científicamente válidos aquellos que muestran una asociación constante, experimentalmente demostrable, o los que se pueden constatar por procedimientos equivalentes o próximos a los experimentos (“proxys”). No distingue entre leyes determinantes de eventos y los patrones de eventos; no distingue entre estructuras generativas y eventos generados; y no distingue entre sistemas cerrados y sistemas abiertos [Bhaskar 1986. Así el modelo termina estableciéndose alrededor de una articulación y secuencia entre una ontología atomista, una lógica de fragmentación en factores causales empíricos, y las construcciones funcionales tipo “x TM y”.

De esa manera se puede decir que es un modelo reduccionista y causal, comprime los tres dominios de la realidad, -realidad *general*, realidad *actual* y la realidad *empírica*, a una parte de esta última [Bhaskar 1986].

Para esta corriente, en definitiva, el conocimiento es esencialmente un movimiento reflejo del objeto en el sujeto; siendo dicha realidad fragmentada, y cuyos elementos constitutivos se conectan por relaciones simples y lineales en el plano empírico; cada proceso existe separadamente y se conecta externamente a los demás por relaciones funcionales que se describen mediante una lógica matemática que trabaja con funciones descriptivas formales, en cuya estimación cuantitativa radica supuestamente la clave del conocimiento y en cuya relación radica así mismo la clave de la acción funcionalista de corrección de factores aislados. Lo colectivo para este abordaje se establece en la agregación de series de observaciones individuales sobre hechos que son registrados como datos de los cuales se desprenden, inductivamente, inferencias y leyes asociativas. La validez de todo este proceso se circunscribe a la confiabilidad de los registros y a la validez de las inferencias.

Modelo Subjetivo-Culturalista de Acción Localizada

Surge en oposición al empirismo y se pone en boga como producto del cuestionamiento de las bases positivistas de la investigación convencional. La refutación al principio de inducción y a la validez directa de la experiencia perceptiva, llevan a la idea de la prioridad de la teoría. Se sustenta en la idea de que la realidad se construye subjetivamente y que el marco subjetivo existe “a priori” para acercarse activamente a una realidad que se formula de esa forma. Nuevamente aquí la praxis queda relegada como algo externo y se incluye como algo posterior al acto de construcción del objeto.

Esta forma de deductivismo se sustenta en la idea de que habría una base metafísica del conocimiento que sería la razón innata o la intuición creadora. Al incluir desde esta postura epistemológica el sujeto activo en el conocimiento, se ofreció indudablemente una apertura hacia un papel dinámico de lo cultural y lo psico-cognitivo individual, pero de esa manera, se instaló también una vía de interpretación

culturalista y microsocioal, que cerró el espectro del problema del conocimiento hacia sus dimensiones intuitivas y el dominio cotidiano de la cultura. Muy ligadas a la influencia del llamado “culturalismo antropológico” [García Canclini 1993] que reducen el objeto cultura a lo tradicional y pretenden aislar supuestas propiedades inmanentes de las “comunidades tradicionales, disimulan las distancias entre culturas desiguales con la doctrina del relativismo cultural que termina institucionalizando y justificando la marginalidad. Según García Canclini el problema metodológico más serio de ese tipo de abordajes es que se utilizan sólo los relatos de los autores, duplicándolos “fielmente”, en definitiva un empirismo ingenuo de nuevo signo cualitativo que desconoce la divergencia entre lo que pensamos y nuestras prácticas, entre la autodefinición de los grupos populares y lo que podemos saber sobre su vida a partir de leyes sociales de la totalidad.

La corriente retoma fuerza ahora en las formas de un constructivismo, pues algunos teóricos posmodernos inscritos en la corriente del neoconservadurismo o influidos por ésta, cuestionan los que han dado en denominarse los “métodos universalizantes” y explicitan su incredulidad respecto a los metarrelatos, instaurando una lógica de deconstrucción [Lyotard 1986] en medio de la cual se han multiplicado los esfuerzos por romper las visiones totales y adentrarse en los dominios de lo micro, de lo local, de la vida cotidiana e individual. Este movimiento ligado en su fundamento filosófico al posestructuralismo francés, ha influido poderosamente las ideas contemporáneas, incluidas las del campo de la salud pública, ha sido calificado como “...uno de los movimientos intelectuales más virulentos y peligrosos de nuestra época” [Habermas 1981] por estar impregnado de una fuerte tendencia a la subjetividad egocéntrica, de una visión que cierra el campo en lo micro y en las expresiones locales de lo cultural, a nombre de esa ruptura con la totalidad y las nociones globalizantes y del rescate de los anti-principios de la diferencia y la multiplicidad, en la teoría la política y la vida cotidiana [Breilh 1999]. Equivale a un tipo de pluriculturalismo conservador que es parte de una política de asimilación que hace abstracción de la inequidad que se da entre las culturas y de su poder diferencial para ejercer significados y condicionar la subjetividad. Esa comprensión del culturalismo critica la tiranía de la totalidad y la sustituye por una dictadura de lo local, de la parte, del fragmento [Best 1989]. Como lo había hecho notar Grasmci [1961] en otro tiempo, ese tipo de abordajes termina convertido en un “aglomerado indigesto de fragmentos de diferentes concepciones del mundo”, un tipo de humanismo posmoderno que atomiza la realidad sin idea alguna de los procesos unificadores más generales.

En la era del Estado neoliberal han proliferado esos planteamientos que se han convertido en el basamento teórico de muchas de las llamadas modernizaciones neoliberales y de las versiones más conservadoras de la descentralización del Estado, donde en ausencia de un principio unificador y de un concepto de totalidad, se acentúa el énfasis en lo local, en la discontinuidad y aun más en el rol determinante de lo individual, todo lo cual termina implicando un fortalecimiento de la dominación política [Collins & Green 1994].

Modelo Praxiológico Participativo

Coloca la relación dinámica *objeto-sujeto* como eje del conocimiento e inserta la praxis como sustento y condición de dicha relación y no como un elemento “externo”. El reflejo inductivo de la percepción, puro y directo, no existe, como tampoco las operaciones deductivas “a priori”, pues ese objeto puro, “en sí”, y la subjetividad “a priori” son apenas abstracciones pobres, ya que el sujeto sólo puede serlo en relación con lo que conoce, lleva siempre el sello del objeto, y las características del objeto contienen siempre elementos subjetivos, pues las experiencias perceptivas no están única y directamente determinadas por las imágenes y estímulos de la naturaleza, sino que dependen de la cultura, de las

estructuras simbólicas por cuya intermediación “leemos” la realidad”. Es decir, aunque los objetos de la naturaleza existieron antes del surgimiento de la humanidad, sólo son objetos de conocimiento en cuanto están en relación con nosotros [Markovic 1972] por intermedio de nuestras estructuras simbólicas.

El desarrollo del paradigma praxiológico se debe fundamentalmente al avance del pensamiento marxista. Asume una ontología que podría calificarse como *realismo dialéctico*, que concibe una realidad constituida tanto por los procesos derivados como por los procesos genéticos, una realidad que tiene una historia, que rebasa lo empírico observable e incorpora la realidad actual más amplia y los procesos generativos pretéritos; una realidad compleja y jerarquizada, donde el movimiento de determinación o producción (orden genético) de todos los procesos, va de lo singular y particular (micro), hacia lo general (macro), pero cuya reproducción (orden estructural) implica la acción de lo macro hacia lo micro; donde lo social y lo biológico son como lo diverso en medio de la unidad de la naturaleza; una realidad en la que los fenómenos no son sólo causados sino que son determinados también por otras formas de regulación del devenir de la naturaleza, como el automovimiento por oposición, las relaciones funcionales, los eventos probabilísticos y caóticos, cuyo margen de acción está dado por las determinaciones más amplias que los atraviesan como son las relaciones de poder y las respectivas construcciones culturales, de tal manera que no existen actos absolutamente determinados, ni actos absolutamente contingentes, sino espacios y momentos de contingencia en el seno de una realidad determinada, todo lo cual quiere decir que la determinación no es absoluta por parte de ninguna ley de la naturaleza y la sociedad, sino que establece los modos e devenir en cuyo seno ocurren contingencias; una realidad donde hay campo para que opere la identidad cultural propia de los grupos en la determinación de sus modos de vida, pero donde también hay un movimiento multicultural del conjunto y elementos ideológicos que atraviesan a toda la sociedad; finalmente una realidad en que ningún orden de acción es prescindible o de menor importancia, pues se considera que, así como los grandes procesos de la estructura productiva y del mundo político y cultural inciden en la determinación de la historia de los grupos y de las personas, así también las acciones de la vida cotidiana son históricas porque son la mediación entre la reproducción inmediata de la existencia y las formas más altas de lo colectivo [Heller 1987].

Para trabajar con esa visión se requiere metodológicamente de un metarelato crítico, cuya puntal es el marxismo, a condición de que no se pretenda como una narrativa maestra o discurso matriz, y que no impida la vigencia de las distintas visiones culturales, sino que opere como un metadiscurso que permita comprender los procesos particulares a la luz de las determinaciones más amplias, que ofrezca a los estudios sobre lo simbólico una teoría social y política, y que pueda operar como un instrumento de coordinación de una lucha emancipadora en la cual cobren vida los discursos de los “otros” y sus articulaciones, pero no se difumine su pertenencia social [McLaren 1997; García Canclini 1993].

En concordancia con ese marco praxiológico se comprende que la lógica de la descripción científica no puede ser exclusivamente matemático formal, es decir cuantitativa, ni exclusivamente atributiva y textual. Se requieren operaciones lógicas atributivas y funciones descriptivas formales para describir la realidad, es decir necesitamos buenas matemáticas pero también buenos procedimientos de observación intensiva y análisis cualitativo para mirar la realidad, no solo como fruto de la necesidad de mayor rigor académico, sino para poder articular el discurso de la ciencia, de lo académico con los discursos que pertenecen a otras formas de saber. En resumidas cuentas, se requiere de un método analógico dialéctico que no desprende sus reglas ni de la observación pura ni de ninguna facultad teórica sino de la praxis, pues es en la producción humana donde la actividad se transforma en los modelos con que los seres

humanos se apropian del mundo y desprenden las reglas necesarias para arrancar y desarrollar el proceso de conocimiento [Samaja 1993].

Cierta crítica al monismo lógico que se impuso en la vertiente académica muy ligada al enfoque empirista y al predominio de un paradigma cuantitativista, pretende sustituirlo ahora por un paradigma culturalista, pero nada ganaríamos si pasamos del fetichismo de los números y los malos usos de las estadísticas, al fetichismo de los discursos y de los malos usos de las técnicas “cualitativas”.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA DIRECCIONALIDAD DE NUESTRO QUEHACER

En el terreno teórico hay mucho trabajo que hacer para enfrentar el debate desde una perspectiva emancipadora.

En años recientes, la crítica epistemológica más avanzada penetra no sólo en una discusión del campo interno de la ciencia, sino que se dirige hacia una transformación radical de la relación entre la ciencia y los otros saberes. A nuestro entender esto implica dos tipos de problemas: primero, lo que se ha denominado la necesidad de una “segunda ruptura epistemológica” [Santos 1995] que alude al hecho de que una vez ocurrida la primera ruptura descrita por Bachelard del pensamiento científico con el sentido común, se vuelve indispensable un reencuentro de la ciencia con el sentido común, un nuevo vínculo entre una ciencia que se renueva, que al hacerlo contribuye a generar un sentido común más evolucionado y que se plantea como uno de sus propósitos el producir juntos una nueva forma de conocimiento. Esa revalorización de los otros saberes y la superación de los moldes rígidos del cientificismo gira sobre la búsqueda de una nueva configuración del conocimiento humano ligada a la emancipación social e individual y la equidad entre los discursos; en segundo lugar, presupone la redefinición de las relaciones de la ciencia con el poder y un replanteamiento democratizante de su vinculación con las tareas participativas de construcción amplia de una sociedad de equidad.

La otra vertiente postmoderna neoconservadora trabaja en cambio en dirección opuesta. Ha pretendido aprovechar la crisis de los paradigmas de la ciencia moderna en un sentido regresivo, deconstruyendo todo enfoque sistémico, sobredimensionando lo individual, lo local y la diversidad. Una negación de la dimensión total de la realidad, que trata de desarmar las posibilidades de un movimiento solidario y concatenado, en la totalidad y en lo local simultáneamente, y vinculado a la emancipación de la sociedad, a la construcción de equidad profunda y a la tan necesaria disolución auténtica de toda forma de concentración de poder excluyente.

Un aspecto de enorme interés para el modelo praxiológico es lo que ha dado en llamarse la ciencia de la complejidad [Morin 1996]. En años recientes y también como réplica a las concepciones del paradigma positivista que dominó buena parte de la actividad científica, y que expandió en todos los campos disciplinares su énfasis en la lógica de la generalización bajo un modelo teórico determinístico, surgen propuestas contrarias, encaminadas a buscar la diversidad y los micro patrones de desorden e indeterminación [Almeida e Paim 1999]. A la preocupación positivista de encontrar leyes como reducciones simples de la realidad se opone la necesaria comprensión de la complejidad.

En efecto, el marco histórico del positivismo como pensamiento científico hegemónico, heredero de la Ilustración, se desarrolló bajo la episteme dominante de la Modernidad Europea, centrada en el culto a la razón y el poder de la ciencia que podía reducir todas las explicaciones del mundo en la forma de

leyes. La ciencia europea se convertía así en el instrumento único de todo saber y en la herramienta de una historia siempre progresiva. Eran momentos en que se imponía paralelamente desde el Siglo XVIII, la noción ensimismada de que nacía en Europa la civilización y de que los otros pueblos con sus saberes debían medir el avance de su cultura y pensamiento respecto a esa única vara del progreso. Los modelos que surgieron bajo el manto positivista tuvieron como presupuestos el monismo y el determinismo que son dos puntos de análisis de los argumentos epistemológicos actuales.

El clásico reconocimiento de la dialéctica de la diversidad se expande ahora en las interesantes formulaciones de la complejidad y emergencia, que encajan en el marco de lo que ha sido designado como “ciencia de la complejidad” [Morin 1996]. Se busca impulsar un principio de explicación más rico que el de la simplificación (separación/reducción) que podemos denominar principio de complejidad y que trata de reconocer los trazos constitutivos de lo complejo, que no contiene apenas la diversidad, desorden, aleatoriedad, más comporta, evidentemente también, sus leyes, su orden, su organización.

A pesar de la madurez alcanzada en la tarea epistemológica latinoamericana y de su rico contacto con las formulaciones del pensamiento filosófico y epistemológico contemporáneo, queda aun trabajo por hacer en varias líneas que son como el eje del debate actual de las ciencias sociales: el debate acerca del carácter determinado o indeterminado de la realidad y por tanto de los presupuestos básicos de una teoría de la causalidad de los fenómenos sociales; concomitantemente con lo anterior, el debate sobre el carácter continuo o discontinuo de la realidad, con sus implicaciones para la interpretación de la existencia o no de procesos unificadores –que podríamos denominar transversalidades- cuyo esclarecimiento es necesario para imprimirla al proceso una direccionalidad y para concebir las diferentes formas de acción, así como los criterios para evaluarlas; por otro lado, hay que contrastar el contenido y las implicaciones de las distintas acepciones de la antes mencionada complejidad, si se trata de un nueva teoría de los sistemas, y de ser así, como sería su organización jerárquica y las prioridades para una acción eficaz; es igualmente importante el debate sobre el peso determinantes del orden micro (antropológico) o el orden socio estructural macro (económico y sociológico) en la determinación de las procesos sociales; es decisivo el estudio de la relación necesaria o la inconmensurabilidad entre la ciencia y el saber popular, así como los vínculos entre los trabajadores especializados de la ciencia y la población en el proceso de conocimiento; la forma de participación de la epidemiología en la gestión –contrahegemonía o funcionalismo.

Un aspecto central para el avance de las ciencias sociales es el antes mencionado problema de un metarelato crítico –aquel que se pretende negar precisamente desde el neoconservadurismo- y sobre la vigencia del marxismo en la construcción del conocimiento social del próximo milenio. Este punto álgido e importante tiene una importancia capital pues es parte sustantiva del curso funcionalista o emancipador que asuman las ciencias sociales en las nuevas etapas. Del acierto que se tenga para mirar sin dogmatismos y con apertura es te problema del propio perfeccionamiento y actualización del marxismo dependerá en gran medida la direccionalidad de las ciencias sociales.

Marx y Engels publicaron su formidable síntesis del proyecto socialista, conocida como el *Manifiesto Comunista* en años en que como ahora se expandía la codicia de los empresarios y el ideal libertario de los pueblos; se agitaban las fuerzas antiesclavistas en Norteamérica y Europa era sacudidas por la lucha social, eran momentos en que vibraban los ecos anticoloniales de las jornadas de Bolívar por una Latinoamérica libre y unida contra los imperios coloniales.

La burguesía implementaba su proyecto nacido en lo político de la Revolución Francesa y sustentado en la base económica de la Revolución Industrial. Pero el proyecto burgués que nació de la entraña revolucionaria de la lucha liberal, pasó con el tiempo a situarse como polo dominante que aceleraba sus apetitos de acumulación económica y dominación política, y que desde Europa primero, y más tarde desde los Estados Unidos, empezó a realizar la empresa colonialista de las potencias para captar los territorios económicos de Africa, Asia y América.

El desarrollo de las ideas no podía sustraerse de ese torrente de transformación, búsqueda y reacción social. Ser moderno era usar la razón y el poder de la ciencia para estar abierto a lo nuevo, era creer en el progreso ascendente que se lograba con el dominio de la naturaleza y el impulso industrial hacia la meta superior de la consolidación de la civilización europea; en definitiva ser moderno radicaba en la negación del pasado y en la afirmación de lo nuevo. He ahí la potencialidad del pensamiento moderno que sustentó el crecimiento de la burguesía, pero a la vez sus errores que, como el eurocentrismo y el reduccionismo de la ciencia y la razón, fueron criticados, como se verá más adelante por Rousseau, Marx, Nietzsche, Weber y la Escuela de Francfort, en distintas épocas y desde diferentes enfoques filosóficos.

Bajo el marco epistémico del pensamiento ilustrado comenzaron a despuntar innovaciones científicas profundas que expresaban esa nueva confianza que se había asignado a la capacidad de la ciencia. Caben algunos ejemplos de esa efervescencia científica: la *teoría darwiniana* de la evolución aunque preñada de los errores del cartesianismo, inicia una explicación del movimiento y unidad de la naturaleza que dio al traste con las concepciones que le asignaban una aparente quietud y parcelación; *Sigmund Freud* penetra más allá de las elucubraciones sobre el alma para entender el comportamiento humano y la psicología e insinúa sus determinaciones reales; y *Carlos Marx* funda una revolución filosófica y científica de enormes proporciones, que conserva su penetrante vigencia hasta hoy puesto que, escudriña los elementos estructurales de la vida social, rebasa la esfera superficial de la circulación y pone en evidencia las bases de la explotación capitalista. Una explotación que no sólo no ha desaparecido sino que se ha profundizado actualmente. "Marx no sólo formula el más acertado y demoleador diagnóstico de las características del capitalismo sino que además reivindica la acción humana como fuerza motriz del cambio histórico." [Vega 1997] Tanto el diagnóstico, en lo sustancial, como su propuesta de praxis no sólo no han sido superados hasta la fecha, sino que son la base de la mayor parte de propuestas y acciones del más variado orden, aun de aquellas que no se reconocen como marxistas.

El Manifiesto constituyó una de las expresiones más avanzadas del pensamiento por la liberación desde entonces, que proyecta ahora su clara vigencia frente al capitalismo salvaje que se ha desatado como neoliberalismo. Su importancia y validez actual son resaltadas por el filósofo contemporáneo francés Jacques Derrida [1993] cuando dice: "Al releer *El Manifiesto* y algunas otras grandes obras de Marx, me he percatado de que, dentro de la tradición filosófica, conozco pocos textos, quizá ninguno, cuya lección parezca más urgente hoy...Será siempre una falla no leer y releer y discutir a Marx(...)Será cada vez una falla, una falta contra la responsabilidad teórica, filosófica, política (...) No habrá porvenir sin ello".

El Manifiesto es una obra fundacional cuya fuerza radica no sólo en su diáfano perfil de los fundamentos de la explotación, sino que su claridad emana de la propia realidad y de la lucha popular encabezada por la Liga de los Comunistas. En su primera parte, se expone sobre bases reales la historia como un proceso de transformación permanente en cuyo eje se sitúa la oposición de intereses y objetivos estratégicos entre los poseedores de todo y la fuerza proletaria que hace mover con su trabajo

las empresas. En la segunda sección se explica la necesidad de superar el régimen de dominio de la propiedad privada y sublevar el poder de los empresarios mediante el control del pueblo de las herramientas del Estado. La tercera parte cuestiona las opciones reformistas de la social democracia y llama a la unidad de los pobres del mundo para dar al traste el sistema capitalista.

Es verdad que en el discurso revolucionario de Marx y Engels y en muchos textos del pensamiento crítico de la época hay rasgos del pensamiento ilustrado, y no podía ser de otra manera puesto que ningún discurso se hace al vacío sino al calor de la vida social y bajo la influencia de la episteme hegemónica. Pero lo que no dicen los críticos postmodernos de la burguesía sobre Marx es que, como lo aclara el filósofo Adolfo Sánchez Vásquez [1997], aunque estemos de acuerdo que el marxismo se ubica como pensamiento de la modernidad "...Marx era un modernista que aspira a llevar hasta sus últimas consecuencias los objetivos emancipatorios de la modernidad... (y eso aunque)...Marx no se desprende totalmente del lastre racionalista universal, progresista, teleológico y eurocéntrico del pensamiento burgués ilustrado."

Y en este punto cabe reflexionar sobre algunas interrogantes claves para el tema que estamos desarrollando de la vigencia o decadencia del marxismo y el desarrollo de las ciencias:

- a. ¿Es el pensamiento llamado postmoderno una superación válida como para reconocerlo como referente de ese juicio crítico del marxismo? Dicho de otro modo: ¿La crítica del postmodernismo hacia el pensamiento moderno, que tantos fuegos enfila hacia el marxismo, apunta a desterrarlos radicalmente, suplantándolos por algo distinto? ¿O se trataría, por el contrario, de superar sus errores mediante la crítica y radicalizar el proyecto no concluido de la modernidad?
- b. En otras palabras ¿Sería más bien una profundización del marxismo la posibilidad de avanzar en el proyecto emancipatorio de la modernidad?

Debe recordarse que la crítica a la modernidad no comienza con los pensadores postmodernos. Por el contrario, los cuestionamientos más agudos de la modernidad fueron previos a esta corriente neoconservadora. El propio *Marx* desnudó con su crítica demoledora a la modernidad burguesa, sus aspectos negativos, la explotación y alienación de los seres humanos, y fundamentó un proyecto distinto basado en la organización colectivista y solidaria, buscando a fondo el proyecto moderno. *Nietzsche* atacó las ideas de superación, negando todo progreso pues él creía que no hay ascenso sino retorno y rechazó la razón como fundamento, pero no negó el proyecto ilustrado en forma absoluta sino que depositó su confianza en la creación de lo que definió como un "hombre nuevo". *Weber* centró su crítica en el poder moderno de la razón y en el hecho de que una racionalización progresiva conduce a un aprisionamiento en la "jaula de hierro" de la sociedad moderna, una racionalidad enajenada conforme a fines, un orden que no puede trascenderse ni con el socialismo. *Adorno* y *Horkheimer* de la Escuela de Francfort cuestionan la razón instrumental que impulsa una dominación tecnológica en las relaciones entre los hombres, pero ofrecen un proyecto alternativo de emancipación centrado en el arte.

La crítica postmoderna, a diferencia de los reparos antes esbozados como el del propio Marx, de Nietzsche y la Escuela de Francfort, ya no pretende rescatar el proyecto de emancipación del ser humano, sino declarar imposible tal rescate. Como lo explica Sánchez Vásquez [1997] para el postmodernismo "...los proyectos de emancipación como los de la Ilustración burguesa y el marxismo caen dentro de lo que Loytard llama los metarelatos carentes de legitimación". Es decir, para la ideología postmoderna no se trata de trascender los proyectos de la modernidad, superando sus limitaciones o cambiando su fundamentación, sino que se trata de plantear la carencia de todo fundamento y la renuncia a cualquier proyecto total de transformación de la realidad.

La esencia del postmodernismo, como expresión del pensamiento burgués en el capitalismo tardío, consiste entonces en la negación del proyecto de emancipación de la modernidad. Se trataría de sostener la carencia de todo fundamento, o como lo diría Lyotard la crisis de toda forma ideológica que ya no puede legitimar, según él, un orden que es descrito como de “máxima objetivación” bajo las condiciones de existencia de una sociedad informatizada una sociedad en la que “..la cuestión de la legitimación se plantea en nuevos términos: como autolegitimación del poder y como pérdida de la legitimación del saber en lo que Lyotard llama los grandes relatos de la emancipación o de la totalidad en el sentido ilustrado o hegeliano marxista”[Sánchez Vásquez 1997].

A partir de esa lógica el postmodernismo niega lo que constituye la afirmación clave de la modernidad que es la emancipación. Cualquier doctrina del cambio revolucionario desde cualquier perspectiva, sería uno de esos metarelatos carentes de legitimación. Al no tener fundamentación posible el proyecto se anula y de esa forma se descalifica toda acción destinada a transformar radicalmente la sociedad. Y para redondear su planteo el postmodernismo asume otras negaciones como las de *superación, historia y sujeto*.

En cuanto a la historia simplemente se la niega de plano, o si es que alguna vez existió, se esgrime que ya ha llegado a su fin. Es un cambio de la conciencia del tiempo pues el pensamiento postmoderno se centra en el presente que es el único que existe y que se reproduce para dar lo mismo. No hay manifestación más claramente conservadora que esa, pues parte de la negación de toda forma de superación sustancial. A su vez el postmodernismo hace suya la tesis del postestructuralismo francés sobre la *muerte del sujeto*, la disolución de la subjetividad, pero no como resultado de la privatización, fragmentación y cosificación de la conciencia individual y la construcción individualista y alienada bajo el capitalismo tardío, sino como la negación de toda posibilidad de una nueva subjetividad ante la inexistencia de historia.

En definitiva, la ideología postmoderna se nutre de fuentes filosóficas inmovilizantes o de interpretaciones conservadoras de las críticas a la modernidad: Nietzsche y el existencialismo de Heidegger, con su negación del tránsito histórico; Weber y su negación conservadora de lo teleológico; el postestructuralismo y su negación del sujeto histórico, con lo cual se pretende una doble maniobra ideológica, despojar a los pueblos de toda subjetividad de cambio, truncar todo sueño de liberación y, a la vez, reconciliar a los pueblos con sus miserias y el destino fatal de una realidad que ya no puede cambiar.

Por lo dicho la respuesta al primer interrogante no puede ser otra que un rechazo frontal al despojo que se pretende hacer de la conciencia popular y de sus reivindicaciones históricas. Un rechazo a la filosofía de aceptación resignada del inmovilismo, de la pérdida de un sujeto histórico transformador y de la posibilidad de un proyecto de liberación.

En cuanto al segundo interrogante sobre si ¿Sería más bien una profundización del marxismo la posibilidad de avanzar en el proyecto emancipatorio de la modernidad? La respuesta es rotundamente afirmativa, pero tomando distancia de las rigideces ortodóxicas y reduccionismos que han limitado el desarrollo del marxismo y que nos impiden ser más marxistas y sintonizar mejor las posibilidades de una doctrina revolucionaria, pero hay problemas epistemológicos y praxiológicos que resolver para impulsar unas ciencias sociales hechas desde la perspectiva de los sin poder.

La Ciencia Desde la Perspectiva de los Sin Poder

El trabajo científico es parte del poder que se requiere no sólo para relacionarnos con la naturaleza en la construcción de la vida, sino del poder que se requiere para definir y expandir la identidad, los proyectos y los sueños.

La capacidad científico-técnica de un pueblo es parte de su autarquía, es parte de su poder. La actividad científica tiene mucho que ver con los procesos de comprensión y dominio práctico. El poder se define por el dominio sobre la propiedad y usufructo de los bienes y medios de producción y en esto las ciencias económicas juegan un papel importante. El poder se establece sobre las formas de convocatoria de la colectividad en su conjunto hacia los intereses propios y en esto son fundamentales los aportes de las ciencias políticas. El poder se expresa en la posibilidad real de modelar nuestra propia cultura y formas de subjetividad, y en esto la antropología, la sociología, la epistemología con disciplinas claves. El poder se realiza en una relación dialéctica con nuestras propias vidas, la naturaleza, su manejo racional, su protección y cuidado como parte del cuidado de la vida, y para es son fundamentales las ciencias biológicas y las ciencias sociales aplicadas a la vida.

Es decir, la ciencia es una herramienta del poder y por eso es que, precisamente, se ha dado un histórico enfrentamiento para controlar su contenido y proyecciones. La burguesía siempre ha buscado imponer paradigmas científicos que se presentan una supuesta imparcialidad de la ciencia, tal es uno de los postulados centrales del positivismo, pero ha hecho siempre una construcción científica tendenciosa de la ciencia a su favor.

El análisis de la ciencia está ligado al del poder y el tema del poder es otro elemento en el debate entre la propuesta regresiva del postmodernismo y las propuestas revolucionarias.

El asunto se ha puesto en boga, por ejemplo, al analizar desde las dos perspectivas el carácter de la lucha del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Algunos intelectuales han tratado de calificarlo como “el primer movimiento político postmoderno” aduciendo que, además de que usan Internet e incorporan la reivindicación étnica, no pretenden el poder, sino la democracia y equidad [Vega 1997].

Ese recorte arbitrario de la realidad zapatista es parte del juego ideológico que busca alejarnos de la disputa del poder. No sólo que es comprensible que cualquier movimiento revolucionario use las mejores armas tecnológicas que tenga a disposición, sino que las reivindicaciones zapatistas le ubican a dicho movimiento como una clara profundización del proyecto emancipatorio de la modernidad. Basten sólo un par de argumentos. El hecho mismo de la memoria histórica que le da nacimiento, es decir, el recoger de la consigna agrarista contradice frontalmente toda doctrina postmoderna que parte de la amnesia y la negación de la importancia del pasado. En segundo lugar, la misma denominación de Ejército de Liberación traduce un proyecto global de transformación que es la antípoda de cualquier sentido postmoderno. Y finalmente, no es que los zapatistas desdeñan la construcción de poder, sino que parten de concepción alternativa del poder, muy influida por el tipo de distribución solidaria y democrática del poder de las comunidades indígenas.

Ahora, para retornar al punto que interesa sobre la ciencia y el poder, en una sociedad de clases, de profunda inequidad de género y de abismales distancias etno-nacionales, cualquier paradigma válido

para la ciencia tiene que posicionarse expresamente frente al poder. O se asume el quehacer científico desde la perspectiva del pensamiento hegemónico o se lo hace desde una perspectiva contrahegemónica.

El/la trabajador/a de la ciencia tiene que colocarse con claridad frente al ajedrez del poder y asumir el punto de vista que le parezca ofrecer la mayor posibilidad de penetración en la realidad para trabajarla de acuerdo a su visión de los intereses estratégicos. No cabe duda de que la perspectiva de los sin poder es la que asegura un posicionamiento más objetivo, un mayor horizonte de visibilidad y de actuación para la ciencia. En efecto, el quehacer científico se construye entre los intereses y presiones de quienes dominan y quienes luchan para superar su propia subordinación. Dominación que es esencialmente destructiva y sublevación que es promesa de vida. Sin embargo, en esa dialéctica permanente e intensa entre las fuerzas de la vida y las de la muerte, entre los recursos del amor y los del desamor, los pobres, las mujeres y las etnias ancestralmente subordinadas han estado más cerca del polo de la vida y el amor.

Lo que queremos situar con la figura de los *sin poder* es ese estado predominante de subordinación o de menor poder que afecta a la mayor parte de un grupo -de clase, étnico y de género-. Y esa proximidad mayor de los sin poder con la mejor parte de la utopía humana, no puede asumirse como producto de una idealización absurda de los pobres y dominados; es la compensación en la subjetividad, una compensación acumulada en siglos de construcción inequitativa de la historia, bajo un proceso milenario, en el que la *perspectiva más humana de los sin poder* y objetiva.

El punto de vista de *los sin poder* tiene mayor penetración en la realidad ya que, como lo dijéramos hace muchos años, "...necesitan utilizar al grado máximo posible la capacidad de autoconocimiento de su sociedad" [Breilh 1989], para transformar una situación que los afecta. Porque en el enfrentamiento desigual, quienes se ubican en el lado menos fuerte de la contradicción se ven compelidos a reproducirse en resistencia ante los amos, que los hay de diverso orden -el amo económico, el amo masculino, el amo étnico-, y en ese proceso adquieren coherencia y viabilidad conservando valores contrapuestos a la hegemonía y constituyéndose en depositarios, en reserva de antivalores, que han sido siempre la levadura de una nueva propuesta para la humanidad.

Es a la luz de estas disyuntivas que debemos asumir el análisis del marxismo y la ciencia y no en el vacío de un escenario academicista.

BIBLIOGRAFIA

Almeida, Naomar e Paim, Jairnilson (1999). La Crisis de la Salud Pública y el Movimiento de la Salud Colectiva en Latinoamérica. Rosario: Cuadernos Médico Sociales 75: 5-30.
Bachelard, Gastón (1981). La Formación del Espíritu Científico. México: Siglo XXI, (9na ed.)
Badiou, Alan (1994). Para Uma Nova Teoria do Sujeito. Rio de Janeiro: Relume & Dumará.
Bhaskar, Roy (1986). Scientific Realism and Human Emancipation. London: Verso.
Blanco, José (1999). Los Actuales Procesos de Trabajo. Http://www.ccoo.es/arcadia/arc/arc_07_bla.htm
Breilh, Jaime (1995). Democracia Profunda: Mirada Militante de una Construcción Política Alternativa. Quito: revista "Espacios", 5/6: 43-56.
Breilh, Jaime (1998). La Sociedad, el Debate de la Modernidad y la Nueva Epidemiología. Rio de Janeiro: Conferencia al IV Congreso Brasileño de Epidemiología. (en prensa en la Revista Brasileña de Epidemiología)
Breilh, Jaime (1999). Derrota del Conocimiento por la Información. Rio de Janeiro: Revista Da ABRASCO "Ciencia e Saúde Coletiva" Número "Qualidade de Vida e Saúde" (imprensa)
Breilh, Jaime (1999). La Inequidad y la Perspectiva de los Sin Poder: La Construcción de Lo Social y del Género, en "Cuerpos, Diferencias y Desigualdades" (Ayala, G, Org.). Bogotá: Utopía Ediciones.
Castells, Manuel (1999). Globalización, Tecnología, Trabajo, Empleo y Empresa. Http://www.lafactoriaweb.com/articulos/castells7.htm
Collins, Charles and Green, Andrew (1994). Decentralization and Primary Health Care: Some Negative Implications in Developing Countries. International Journal of Health Services 24 (3): 459-475.
Chalmers, Alan (1997). O Que é Ciência Afinal? Porto Alegre: Editora Brasiliense.
De la Garza, Enrique y Bouzas, Alfonso (1998). La Flexibilidad del Trabajo en México. Nueva York: Columbia University International Working Group on Subnational Economic Governance.
Derrida, Jacques (1993). Spectres de Marx. L'Etat de la dette, le Travail du Deuil et las Nouvelle Internationale, París: Editions Galilée.
Feyerabend, Paul (1985). ¿Cómo Defender a la Sociedad Contra la Ciencia? En "Revoluciones Científicas" (Hacking, I -Org.). México: Fondo de Cultura.
Foucault, Michel (1978). Las Palabras y las Cosas. México: Siglo XXI
García Canclini, Nestor (1991) quoted in "Rowe, W. and Scheeling, V. "Memory and Modernity: Culture in Latin America. London: Verso.
García Canclini, Hector (1993). Gramsci e as Culturas Populares na América Latina em "Gramsci e a América Latina (Coutinho, C. e Nogueira, M. -org.-). São Paulo: Paz e Terra.
Gramsci, Antonio (1961). Observaciones sobre el Folklore en Literatura y Vida Nacional: Buenos Aires: Lautaro, p.240.
Habermas, Jürgen (1981). The Dialectics of Rationalization: An Interview with Jürgen Habermas. Telos, 49 (English translation)
Heller, Agnes (1987). Sociología de la Vida Cotidiana. Barcelona: Península.
Hinkelammert, Franz. (1997) Los Derechos Humanos en la Globalización. San José: DEI.

Hirsch, Joaquim (1991). Fordism and Post-Fordism in Bonefeld, W. & Holloway, J. (eds.) "Post Fordism and Social Form". London: Macmillan.
Jameson, Fredric. (1994). The Seeds of Time. New York: Columbia University Press.
Kohen, Jorge (1997). Nuevas Relaciones Laborales y Salud de los Trabajadores en Argentina. Rio de Janeiro: Cad. Saude Publ., 13 (Supl. 2): 47-57.
Kuhn, Thomas (1969) Posfácio em "A Estrutura das Revoluções Científicas". São Paulo: Perspectiva, 1975 p.215-257
Laurell, Cristina (1997). La Reforma Contra la Salud y la Seguridad Social. México, Ediciones ERA.
Laurell, Cristina e Noriega, Mariano (1989). Processo de Produção e Saúde: Trabalho e Desgaste Operario. São Paulo: HUCITEC.
Lipietz, Alain (1998). Los Trabajadores y la Globalización. http://www.ens.org.co/temace.html
Loomis, Dana; Richardson, David; Wolf, Susanne; Runyan, Carol and Butts, John (1997). Fatal Occupational Injuries in a Southern State. American Journal of Epidemiology, 145 (12): 1089-1099
Lyotard, Jean-François (1986). La Condición Posmoderna. Madrid: Editorial Cátedra.
Markovic, Mihailo (1972). Dialéctica de la Praxis. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
Mclaren, Peter (1997). Multiculturalismo Crítico. São Paulo: Cortez Editora.
Moreno, Alejandro (1995). El Aro y la Trama: Episteme, Modernidad y Pueblo. Caracas: Ediciones del Centro de Investigaciones Populares. 2da de.)
Morin, Edgar (1996). Ciência com Conciência. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
Noriega, Mariano (1989). ¿Qué Es la Salud en el Trabajo?. México: SITUAM.
OIT (1997). Informe Sobre El Empleo en el Mundo 96/96. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.
Samaja, Juan (19). Epistemología y Metodología, Elementos para una Teoría de la Investigación Científica. Buenos Aires: Eudeba.
Sánchez Vásquez, Adolfo (1997). Postmodernidad, Postmodernismo y Socialismo en "Marx y el Siglo XXI". Bogotá: Ediciones del Pensamiento Crítico.
Santana, Vilma; Loomis, Dana and Newman, Beth (1999). Housework and Paid Work: Women's Work Burden and Psychiatric Symptoms. Salvador: Colective Health Institute Federal University of Bahia.
Santos, Boaventura (1995). Introdução a uma Ciência Pos-Moderna. Porto: Ediciones Afrontamento (4ta. Ed.).
Santos, Milton (1985). Espaço e Método. São Paulo: Nobel.
Santos, Milton (1997). A Natureza do Espaço. Sao Paulo: Hucitec.
Stiegler, Bernard (1995) citado por Debray, Regis Manifiestos Midiológicos. Rio de Janeiro: Vozes, p.122
Tambellini, Ana María (1981) O Trabalho e a Doença em "Saúde e Medicina no Brasil (Guimaraes, R. –editor). Rio de Janeiro: Edições Graal.
Valenzuela Feijóo, José (1991). Crítica del Modelo Neoliberal. México: Colección América Latina de la Facultad de Economía de la UNAM.
Vega, Renán (1997). Presentación de "Marx y el Siglo XXI". Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
Vilas, Carlos (1999). Pobreza, Inequidad Social y Deterioro Laboral en América Latina. Habana: Ponencia al Encuentro Internacional de Economistas Sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, 18-22 de Enero.